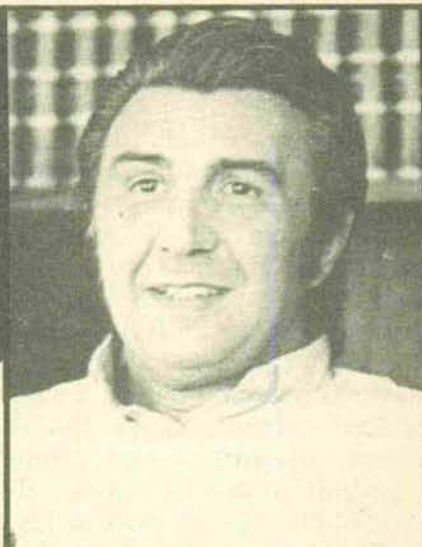


# El Futuro no existe

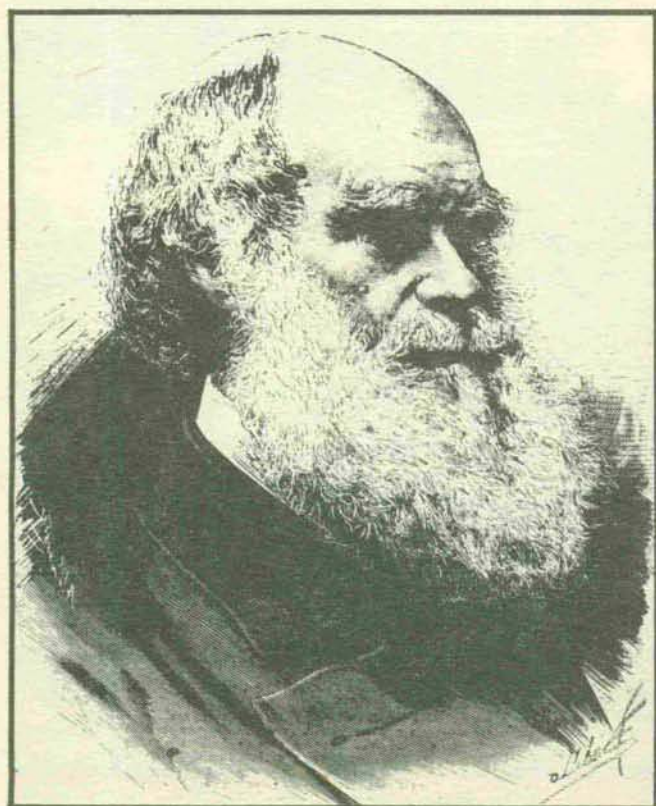


**Eduardo Haro Tecglen**

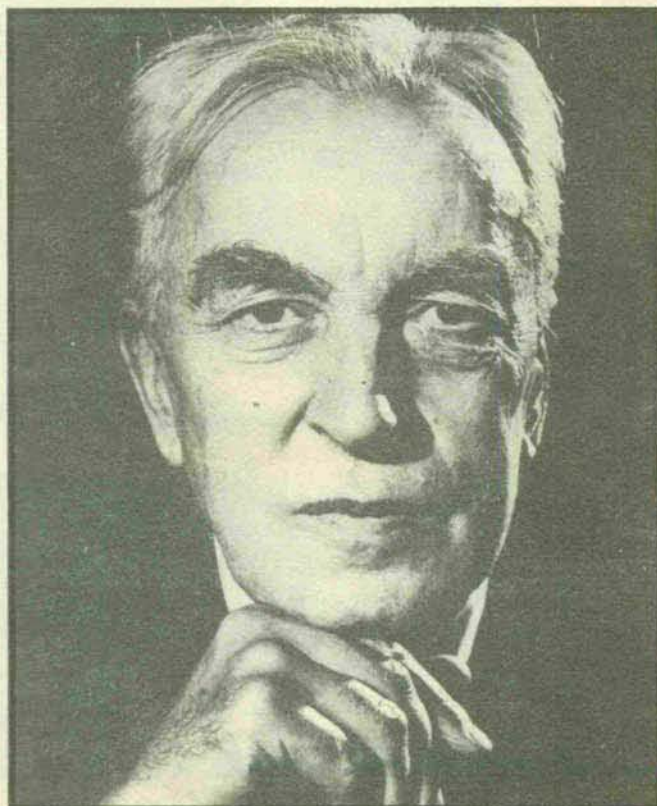
**E**L futuro se caracteriza porque no existe. Y por la obstinación del hombre en creer que sí existe de manera concreta: que «está escrito», que sucede «lo que ha de ser». Desde los albores de la humanidad, y hasta nuestros días, se utilizan los más variados recursos para horadar el telón del futuro, desde los religiosos y supersticiosos hasta los llamados científicos. La idea de que pueda conocerse el futuro es más bien paradójica: se quiere conocer para modificarlo en sus aspectos negativos, para adelantarse a él y tomar las previsiones necesarias para que no se cumpla. La contradicción está en que si el futuro es algo que ya está es-

crito es, naturalmente, inmodificable. Esa contradicción ha sido más claramente percibida en nuestro tiempo que en ninguno de los anteriores, y la futurología científica, despojada hasta cierto punto de supersticiones, considera el desarrollo del futuro como una probabilidad a partir de lo que se ha heredado del pasado y de lo que se está desarrollando en el mundo presente; esa probabilidad sería, por consiguiente, modificable. Se puede tomar como ejemplo el del crecimiento demográfico, que es una de las características esenciales del mundo de hoy que se proyecta sobre el futuro: puede fácilmente trazarse una curva matemática que muestre la

progresión de las poblaciones y saber el número de habitantes que puedan tratar de convivir en el año 2000; desde el momento en que se sabe que los recursos de la tierra son insuficientes, y que se producen las aglomeraciones máximas en ciertos lugares del planeta, se pueden tomar las medidas necesarias para evitarlo: política



Charles Robert Darwin (1809-1882).



Arnold Joseph Toynbee (1889-1975).

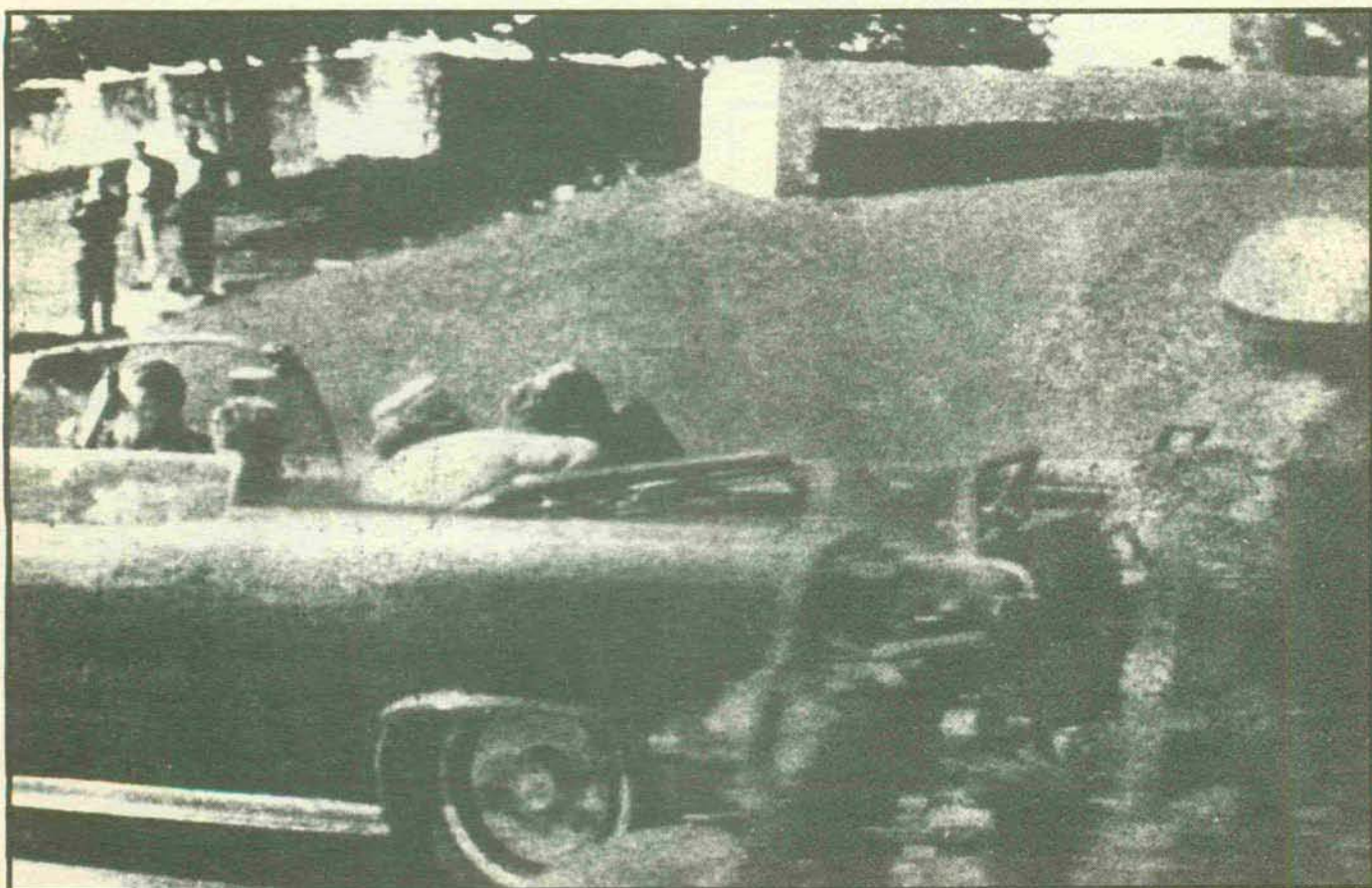
antinatalista, retraso en la edad de matrimoniarse, sistemas anticonceptivos, legalización del aborto, etcétera; y al mismo tiempo, el acondicionamiento del planeta para recibir el número de habitantes que se le vienen encima. Se trazará, por tanto, un plan; y si ese plan funciona, se habrá conseguido modificar un futuro en el sentido contrario al de sus mayores probabilidades. La dificultad —continuando con el mismo ejemplo— es cómo conseguir implantar universalmente las reglas necesarias. Haría falta una dictadura global, que llegase a la intimidad de la pareja y de la persona, un sistema de premios y castigos. Pero antes sería preciso que todos los estudiosos de ese futuro demográfico se pusieran de acuerdo, y hoy mismo no lo están: los hay todavía —dejando aparte a los religiosos, que actúan y se expresan por motivos irreales en esta cuestión— que creen en la virtud de la población. Y hay unas tendencias

naturales que se manifiestan de diversas formas ante ese problema: la creencia de que la libertad total incluye la de la procreación, rechaza toda posibilidad de dictadura.

Hay quien dice —como Shere Hite, autor de un informe sobre la sexualidad masculina que acaba de publicarse— que la reproducción se detendrá porque la sociedad misma cambiará su sexualidad, de forma que el acto genético no sea su objetivo y la homosexualidad aumentará, lo cual va a producirse —dice— a partir del nuevo descubrimiento que hará la mujer de otras actividades y otras sensaciones nuevas... En este aspecto de la procreación y de la nueva familia, hay previsiones importantes. Hay quien cree que, contrariamente a la tendencia actual de dispersión, las familias se congregarán: se formarán grupos de 10 a 12 personas viviendo bajo un mismo techo, porque sólo uniéndose sus salarios conseguirán pagar el alqui-

ler; George S. Robinson, especialista de la NASA, supone que las masas abandonarán la tierra para ir a vivir «una vida espacial», en la cual reinará «un orden matriarcal», porque las mujeres tendrán la misma educación y los mismos trabajos que el hombre, y su longevidad, superior ya a la del macho, les proporcionará ese dominio (Ozay Mehmet, profesor de economía de la facultad de Ottawa). Los que queden en la tierra trabajarán menos de lo que se trabaja ahora; sólo podrán comprar dos tercios de los productos que compran ahora; serán más delgados, más nerviosos y tendrán mejor salud que nosotros.

Esta cuestión de la salud interesa mucho a los futurólogos. Félix Kaufman (presidente de la sociedad Science for Bussines, en Estados Unidos) estima que las taras originales podrán evitarse por la manipulación genética; el doctor Paul Segall cree que en 1992 se producirá la primera resurrección



Asesinato del presidente Kennedy, el 22 de noviembre de 1963, en Dallas (Texas).



Central de operaciones Siemens, en Hamburgo, controlada por computadores.

de un ser humano, congelado y luego descongelado; como cree que los enfermos incurables podrán ser congelados y archivados hasta que se descubra el sistema de curarles. No faltan los pesimistas: en un libro titulado «The Great International Disaster Book» cree que un virus nuevo, que comenzará a actuar en la India y se extenderá por el mundo, producirá cientos de miles de muertos. Quizá no suficientes para retablecer el equilibrio demográfico.

Para eso están las guerras, Edmund C. Berkeley —uno de los primeros descubridores de las facultades y posibilidades de los ordenadores— cree que viene la guerra nuclear en el hemisferio norte que causará doscientos millones de muertos; cifra insignificante en relación con la que emiten Stephen Wolfe y R. L. Wysack («Handbook for space pio-

neers») para quienes la guerra nuclear se producirá por la cuestión del petróleo y producirá 2.000 millones de muertos —la mitad de la población actual del mundo— y una edad de tinieblas que durará seiscientos años hasta que se recupere el nivel actual de civilización (no está claro si, una vez recuperado el nivel actual, la humanidad volverá o no a otra guerra nuclear).

Pero ¿seguirá siendo problema el petróleo? Ozay Mehmet, antes citado, cree en efecto que será determinante para los países adelantados, que tendrán que aumentar sus importaciones de los productos fabricados, por lo que ahora llamamos países del tercer mundo; los ricos de ahora dependerán más de los pobres de ahora, con la excepción de Estados Unidos que podrá mantener su nivel tecnológico. Pero no por mucho tiempo: hacia el año

2030 China vencerá en esta competencia. Berkeley piensa que la escasez de energía hará que se despueblen las zonas frías de la tierra y los habitantes se acumulen en las zonas templadas o cálidas. Pero hay quien cree que el petróleo perderá su importancia en cuanto se utilice la energía espacial. Wolf y Wysack creen que el primer país que coloque en órbita la primera estación generadora de energía solar será el Japón. Otros piensan que el alcohol obtenido de los residuos agrícolas podrá hacer funcionar los motores; que el hidrógeno sustituirá al petróleo, o que se obtendrá energía utilizando las diferencias térmicas de los océanos, las mareas, el viento...

Sajarov —el sabio soviético deportado por su disidencia con el régimen soviético— traza su utopía: el mundo se dividirá en dos territorios, uno de



El físico soviético Andrei Sajarov, padre de la Bomba H soviética, fotografiado con su mujer en su apartamento moscovita de la calle Tckalova.

trabajo y otro de reserva; en el primero se forzaría la industria, en el segundo se constituiría una reserva ecológica. Una gran parte de la industria contaminante estará situada en satélites artificiales. Habrá ciudades subterráneas para dormir y divertirse, y nacerán nuevas formas de alimentación, por fábricas de sustitución de las actuales proteínas animales y por la agricultura marina; lugares baldíos, como la luna o las superficies árticas, podrán ser utilizadas para la agricultura. En las ciudades no habrá automóviles, sino «piernas mecánicas», que eliminarán las carreteras...

¿Qué valor puede tener todo esto? Son profecías no hechas por videntes, no obtenidas del examen de las entrañas de las víctimas o de la astrología, sino por considerables cerebros científicos. No ofrecen ninguna garantía. Hay que recordar la frase de alguien que ha tratado también de reducir al estado de ciencia y de previsión algo de lo más imprevisto del mundo, como es la guerra, como son las revoluciones y como es la política: Gaston Bouthoul, quien hace ya más de diez años explicó en su «Tratado de sociología» que «la invención no es previsible». «Si se hubiera reunido al principio del siglo XVIII un congreso para la

mejora de las comunicaciones, las discusiones se hubieran centrado en los adoquinados y las carreteras, en las carrozas y en la raza caballar. Pero se hubiese considerado como un loco a cualquiera que hubiese aconsejado que la investigación se desarrollase considerando el agua en ebullición o los imanes.»

Esta es una tendencia a considerar como mejores los valores tradicionales y estables y tender a su mejora, y con sospecha a los elementos innovadores y sorprendentes. Pero puede producirse la aberración contraria, que consiste en supervalorar toda idea nueva y abandonar por ella rutas más seguras. Quiere decirse con esto que hay un número considerable de factores de error en cualquier consideración sobre la tendencia del futuro.

Considerando seriamente el pasado se puede ver cómo está formado de sucesos o acontecimientos; y cómo cada uno de ellos encierra un número considerable de variantes posibles, cada una de las cuales, a su vez, produce otras muchas. Los relatos de la historia, y aun la filosofía de la historia, suelen tener como problema que muchas veces parte del propio historiador, pero todas germina en el lector, el de que lo que ha sucedido sólo podía

haber sucedido así, y no de otra manera, de la misma forma en que cuando se examina una cadena sólo se la ve posible como tal cadena, como un eslabón detrás de otro, ligado a otro, y no se piensa en la variedad infinita de combinaciones que podrían realizarse con ellos; aun sin atribuir personalidad distinta a cada eslabón —es decir, la de que cada uno de ellos pudiera estar en lugar distinto al que está—. De este concepto han salido concepciones fatalistas de la historia y, por tanto, del futuro. Toynbee mismo, en su monumental estudio sobre la historia, tiende a fijar unas leyes inmutables para las civilizaciones, una serie de hechos que se repiten a lo largo del tiempo y del espacio: las civilizaciones que nacen, crecen, se desarrollan y mueren, como en la biología humana. Pero no hay que descartar una religiosidad profunda en el pensamiento de Toynbee, que puede asimilarse a la historia providencialista; no muy lejana del materialismo histórico de Marx y Engels. Darwin es otro ejemplo, a partir de la divulgación fácil de su teoría sobre la evolución de las especies que proclamaba la supervivencia del más fuerte, la selección natural y la mejora continua, desde la ameba al ser humano. Algún destrozo causó en la historia contemporánea creer que asimilando esas teorías se podía dominar el futuro por la simple razón de ser más fuerte (Hitler). Hasta muy recientemente (Monod) no se introdujo la noción de azar, la de suceso o acontecimiento: es decir, la calidad de imprevisible. De la misma manera se ha considerado otro desarrollo de la historia: el que conduce de la horda y la tribu a las grandes aglomeraciones nacionales y, ahora, supranacionales, como un progreso constante hacia la mejor situación del hombre en el medio habitable. No está probado que sea así: ciertos movimientos ecológicos piensan, por el contrario, que

habría que emprender ya el camino de regreso.

Hay también distintas maneras de considerar el valor del acontecimiento aislado. Hay quien piensa que hay unos rasgos generales, y que los acontecimientos pueden alterar esos rasgos generales sólo a corto plazo, pero no a la larga. Esta determinación está hecha de una suma y resta de acontecimientos. Una mayoría de acontecimientos producidos en un mismo sentido, de la que se resta una minoría de acontecimientos producidos en sentido contrario, y la interacción de estos grupos de acontecimientos, puede marcar ese camino de la historia. La otra manera de considerar el acontecimiento, la vía corta, la del ritmo individual, depende directamente de estos acontecimientos. El asesinato del primer Kennedy —como ejemplo— modificó la situación americana y, por tanto, la mundial, hizo aflorar a la superficie un político perdido ya, como Johnson; el asesinato del segundo Kennedy modificó la situación de las elecciones de 1968 y permitió aflorar a la superficie a otros políticos perdidos. Para un individuo, para una generación, un acontecimiento puede ser decisivo, aunque no lo sea en el sentido general de la historia. Las tendencias políticas se distinguen por la fabricación de acontecimientos que vayan en su propio sentido y evitar los acontecimientos en sentido contrario. El carácter imprevisible de los acontecimientos y la introducción de los elementos de sorpresa en la vida política completan el juego.

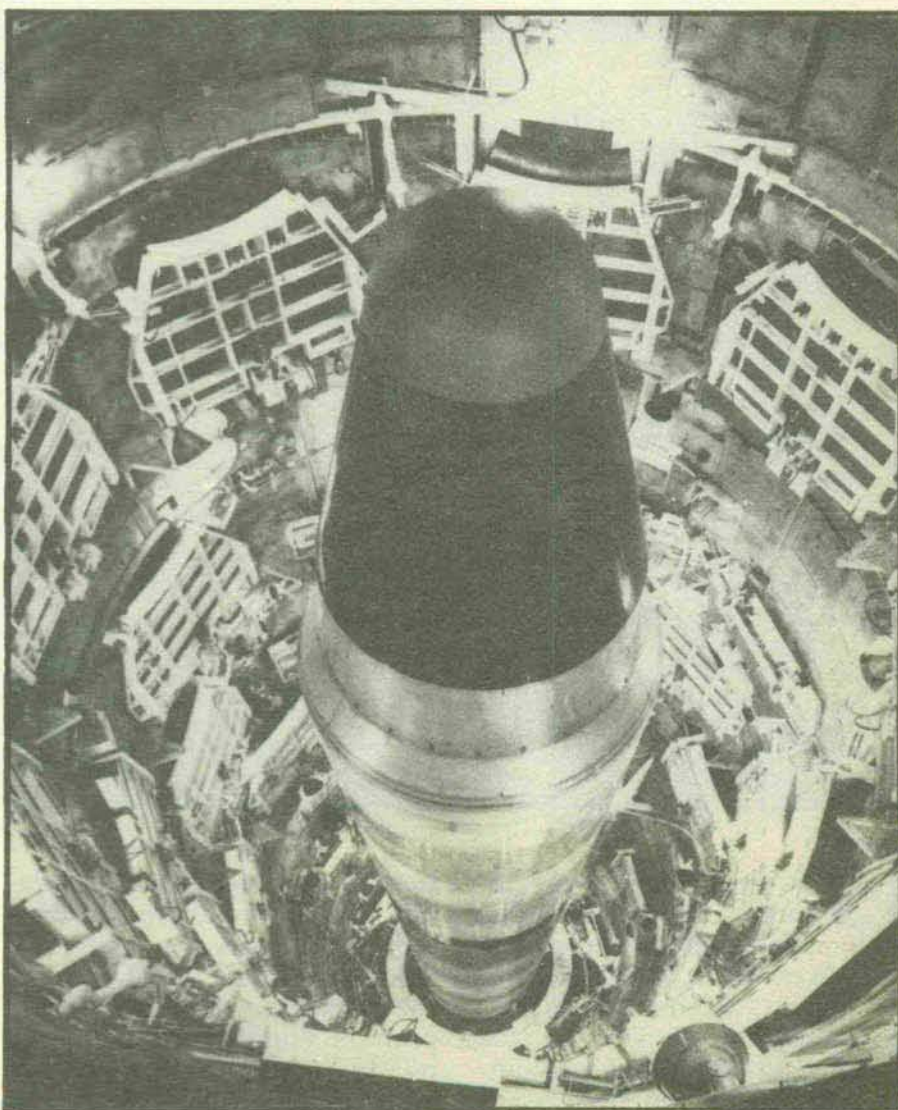
Imaginemos por un instante uno solo de los acontecimientos citados, el del asesinato de Kennedy. Una desviación de décimas de milímetro en el pulso del asesino le hubiera salvado la vida. A partir de ahí se pueden imaginar toda clase de *variables*. La de los partidarios del sentido general de la historia sería la de que los pro-

motores del asesinato de Kennedy lo hubieran intentado otra y otra vez hasta conseguirlo, y hubieran conducido el suceso en su propio sentido. Pero podría ser enteramente distinto. ¿Sería el mismo mundo que conocemos ahora si Kennedy hubiera cumplido su legislatura de ocho años? ¿Habría la URSS mantenido a Krutchev en el poder? ¿Podría o no el enfrentamiento de Cuba —la crisis del Caribe— haber terminado en una segunda guerra mundial? ¿Cómo serían los Estados Unidos de hoy sin los presidentes fantasmas que fueron Johnson, Nixon, Ford o el mismo Carter? Las interrogantes a partir de ese punto son infinitas y cada una

de ellas abre otro infinito de posibilidades.

Horadar el futuro y su sentido es prácticamente imposible. Cómo encontrar un sentido a la historia y creer que a partir de la primera célula todo se ha desarrollado dentro de un orden para producir lo que somos ahora y vivir como vivimos ahora.

En todo caso, es un juego. Y en épocas de gran agitación histórica, de falta de moldes o modelos —crisis, por tanto, de la historia—, de hundimiento de creencias, algunas antiquísimas, otras recientes, esta inspección de lo que no existe puede tener, por lo menos, algo de consuelo. No va más allá. ■ E. H. T.



Proyectil intercontinental «Titán II», preparado para su lanzamiento en una Base estratégica de los Estados Unidos, cercana a Wichita (Kansas).